

GASTÓN SOUBLETTE

**EL I CHING
Y LA SABIDURÍA
PREHISTÓRICA**



EDICIONES UC



GASTÓN SOUBLETTE

**EL I CHING
Y LA SABIDURÍA
PREHISTÓRICA**



EDICIONES UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Vicerrectoría de Comunicaciones y Extensión Cultural
Av. Libertador Bernardo O'Higgins 390, Santiago, Chile

editorialedicionesuc@uc.cl
www.ediciones.uc.cl

EL I CHING
Y LA SABIDURÍA PREHISTÓRICA
Gastón Soubllette

© Inscripción N° 2022-A-5454
Derechos reservados
Julio 2022
ISBN N° 978-956-14-2983-3
ISBN digital N° 978-956-14-2984-0

Diseño: Soledad Poirot Oliva

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

CIP-Pontificia Universidad Católica de Chile

Soubllette, Gastón, autor.
El I Ching y la sabiduría prehistórica / Gastón Soubllette.
Incluye bibliografía.

1. I ching - Comentarios.
 2. Oráculos Chinos.
 3. Filosofía china.
- I. Tít.

2022 133.32480931+ DDC23 RDA

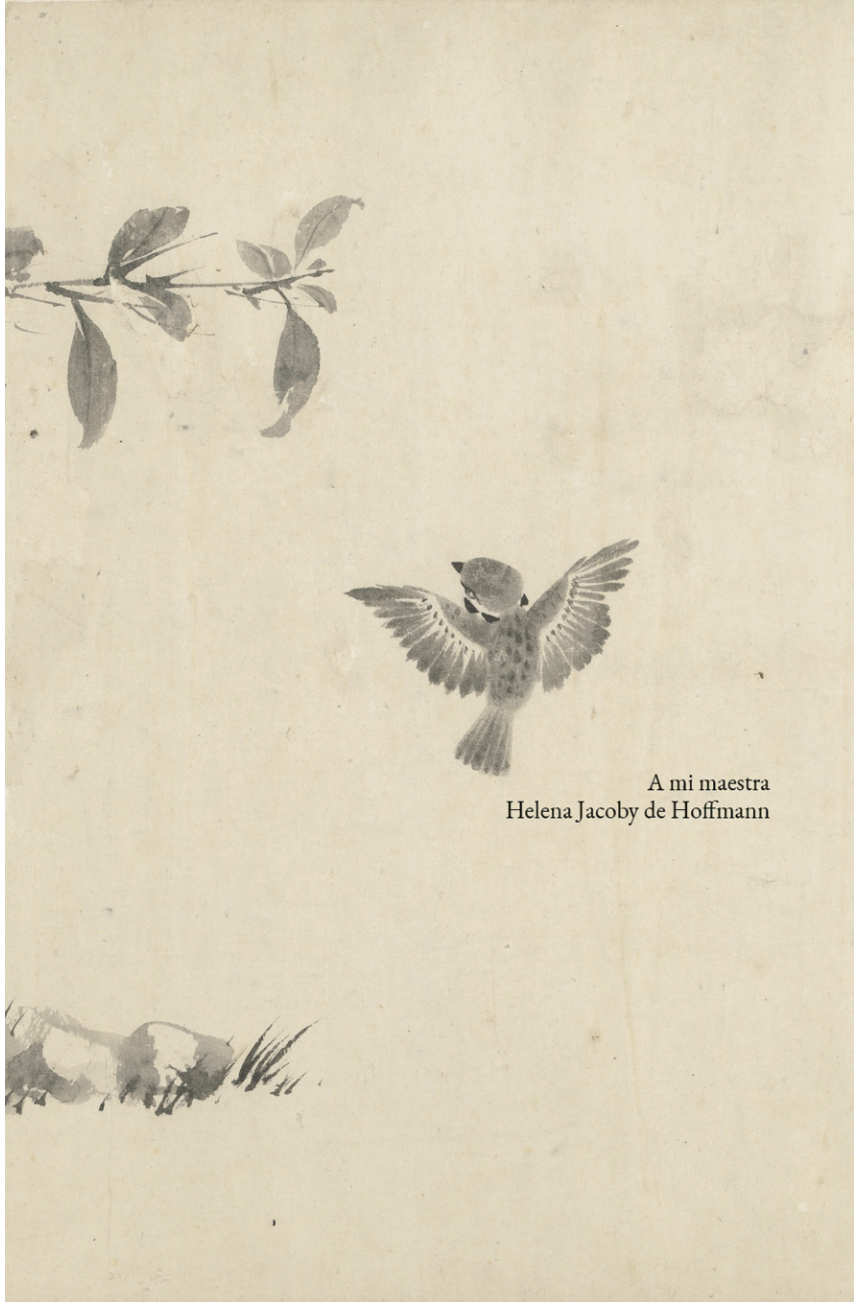
GASTÓN SOUBLETTE

**EL I CHING
Y LA SABIDURÍA
PREHISTÓRICA**



EDICIONES UC





A mi maestra
Helena Jacoby de Hoffmann



Índice

PRÓLOGO

EL *I CHING* DESDE LA PREHISTORIA

LOS SÍMBOLOS LINEALES DEL *I CHING*

SIGNIFICADO DE LOS SÍMBOLOS DE LOS HIJOS Y DE LAS HIJAS

LOS HEXAGRAMAS

LA CONSULTA DEL ORÁCULO POR MEDIO DE LAS VARILLAS

JUNG Y *EL LIBRO DE LAS MUTACIONES*

EL ORÁCULO. AZAR Y CAUSALIDAD

RAÍCES INDÍGENAS DE LA SABIDURÍA DEL *I CHING*

CONCEPTOS BÁSICOS Y TERMINOLOGÍA

EL HOMBRE SUPERIOR

REPERTORIO DE SÍMBOLOS

CONCLUSIÓN

CRÉDITOS DE ILUSTRACIONES



Prólogo

Entre los libros clásicos que dejó Confucio como herencia sapiencial del pueblo chino, se distingue el así llamado *I Ching*, nombre que se traduce como *Libro de las Mutaciones*. Un tratado oracular y de sabiduría sobre la estructura binaria del cambio permanente al que están sometidas todas las cosas.

Cabe hacer notar, sí, que esta definición del *Libro de las Mutaciones* como un “tratado”, la cual es muy usada entre los sinólogos, no es la más acertada, dado que el orden del libro y hasta su misma diagramación están concebidos conforme a la consulta del oráculo, de manera que la sapiencia que sustenta el texto debe ser deducida concordando entre sí los dictámenes oraculares con los comentarios que se agregaron posteriormente.

Lo que sí es un tratado es el que Confucio y sus discípulos escribieron para explicar la filosofía del libro y el mecanismo de su uso como oráculo, llamado *Ta Chuan*, esto es, el *Gran Tratado*.

El presente ensayo sobre el *I Ching* es el primer comentario que se escribe en Chile sobre este libro, considerando como un primer paso hacia este trabajo la excelente traducción que la doctora Helena Jacoby de Hoffmann realizó al castellano en base a la versión alemana de Richard Wilhelm, la única autorizada por los sabios chinos como versión en lengua extranjera. Este comentario procurará explicitar el pensamiento sapiencial que sirve de fundamento al libro, el cual en el texto original no es eso que los occidentales llamamos filosofía, pero que pasa a ser tal en un comentario realizado en un lenguaje filosófico, pues la filosofía oriental puede ser calificada como filosofía en gran medida por el hecho de que los estudiosos occidentales han racionalizado a su manera los supuestos filosóficos que contiene la sabiduría de las culturas de Oriente.

Considerando el *I Ching* como el más importante de los clásicos confucianos y algo así como la piedra angular de la cultura china, podemos decir que, así como los israelitas tienen su libro sagrado fundamental llamado la *Torah*,

nombre que en hebreo significa la Ley, y los islámicos tienen su *Corán*, los chinos durante milenios, tuvieron su *I Ching (Yi King)*.

Los libros sagrados de las culturas semíticas antes mencionados contienen narraciones, revelaciones, preceptos legales y también profecías acerca del destino trascendente que conlleva para ciertos pueblos el hecho de que Dios haya hecho un pacto con ellos por la mediación de un profeta hegemónico entre los de su especie.

Pero en lo que se refiere a la cultura china, esta no se formó en base al ministerio de profetas mediadores entre Dios y los hombres, se formó en torno a una sabiduría de tradición oral que, en el curso de varios milenios, elaboraron los sabios de las diferentes etnias que en la remota antigüedad poblaron el territorio.

La diferencia entre una y otra tradición es grande, pero no tanto, en la medida que esos sabios chinos, guías de su pueblo, cuyo último representante vendría a ser Confucio (Kung Fu Tse), son definidos por ellos mismos como seres inspirados por el cielo.

Pero el comentario del *Libro de las Mutaciones* que presento en este ensayo no se ajustará tanto al esquema exclusivamente chino con que los diversos autores lo comentan de ordinario, en una actitud de extrema especialización, pues durante los cincuenta y más años que lo vengo estudiando he vinculado su contenido sapiencial con la vasta temática que hoy ofrece la antropología filosófica.

Teniendo en cuenta, por otra parte, que este clásico confuciano no es propiamente una obra concebida por Confucio, sino la puesta por escrito de una tradición milenaria procedente de la prehistoria y heredada por la cultura china posterior, en cuya transmisión mediante un texto canónico (Ching o King) elaborado por muchos sabios

antiguos, hasta la forma definitiva que Confucio le dio para hacerlo accesible a los lectores civilizados, justamente por su procedencia prehistórica, resulta pertinente vincularlo y estudiarlo también en el contexto de la cultura natural aborígen de la que surgió.

Esa cultura natural, preagraria, de la que procede el sistema simbólico del *I Ching*, era originalmente una síntesis de saberes adquiridos mediante la experiencia, la que comprendía un amplio conocimiento del entorno natural, procedimientos y técnicas para la subsistencia y un conocimiento de base instintiva y experiencial sobre la economía vital humana. Y en un ámbito superior, incluía ciertas narraciones orales sobre los orígenes y los rituales que vinculan a la comunidad con el orden invisible, ese al que Heráclito se refirió al afirmar que “La armonía oculta es superior a la manifiesta”, de lo cual todos los pueblos de la antigüedad estaban conscientes.

El tema es delicado y es necesario abordarlo con mucha cautela, pues el criterio que hemos seguido para nuestro comentario del *Libro de las Mutaciones* nos obliga a tratar, aunque sea someramente, el tema de la evolución de la conciencia, en el que hay varios puntos que es necesario dejar en claro para entender debidamente cómo se gestó en la prehistoria de China un sistema de pensamiento que pretende ser universal acerca de la estructura del movimiento en sí, el cual tuvo una primera forma de expresión por medio de símbolos lineales inscritos sobre placas de hueso o caparazones de tortugas, como recientemente la arqueología lo ha comprobado.

EL VENTUROSO PASADO DE LOS ANCESTROS REMOTOS

En las mitologías de todos los pueblos antiguos abundan las referencias a un pasado venturoso de la especie humana, cuando los hombres en su desarrollo normal alcanzaban una madurez que puede ser definida como integridad y completitud, lo cual solo pudo darse en una total armonía con el orden natural.

Las tradiciones más significativas en ese sentido se hallan en el *Génesis* de la Biblia, en el mito helénico de las cuatro edades, y en el mito chino de las diez edades y los doce períodos zodiacales.

Pero el problema inevitable que surge en las investigaciones sobre el pasado de la humanidad, en referencia a estas tradiciones comunes a todos los pueblos, es el de un enfrentamiento entre la realidad que pretende representar el mito, y lo que nosotros, desde nuestra racionalidad, consideramos como real, problema magistralmente tratado por el antropólogo Mircea Eliade en su ensayo *Mito y Realidad*.

Resumiendo lo que se puede decir hoy válidamente en ese sentido, los mitos no contienen narraciones de hechos históricamente comprobables, sus narraciones son ficciones que nos enseñan sobre lo acontecido en un remoto pasado, pero no los hechos tal como se dieron en su materialidad, sino algo mucho más importante que eso, vale decir, el sentido que esos hechos tuvieron. Ese es un punto de capital importancia para nuestra investigación.

Para aproximarnos gradualmente, ahora, a la realidad de las narraciones míticas sobre el pasado venturoso de nuestros ancestros de hace decenas de miles de años, cabe considerar también la relación que el hombre tuvo durante milenios con los demás seres vivos de su entorno, para llegar invariablemente a la conclusión de que todos los seres vivos que pueblan la tierra se hallan en un estado de plenitud de su naturaleza, es decir, que en el desarrollo

normal de su forma viviente, conforme a su plan genético, están completos y acabados sin que quede un margen de posibilidades para mejorar su condición.

En tanto que el hombre, desde que surgió en él la función consciente, comenzó a adquirir por evolución un amplio espectro de posibilidades en lo que se refiere a su desarrollo como persona, pues nace dotado de un gran potencial psíquico que le otorga su valor como ser vivo y consciente.

En síntesis, el hombre, si bien nace sobre una base de seguridad conductual instintiva, el margen superior de libertad y conciencia que posee en su potencial interior determina su destino en gran parte como una tarea formativa que debe realizar, la cual puede lograr su propósito o también fracasar en el intento por el abandono de su ser al influjo de impulsos regresivos.

Va de suyo que la experiencia de la historia universal nos muestra a los humanos bastante alejados de la virtud y la sabiduría, hecho del que las tradiciones orales antiguas se hacen cargo mediante el mito de la caída original o las narraciones (chinas) referentes a un proceso gradual de pérdida de la integridad de origen.

Ahora bien, considerando lo antes dicho sobre los otros seres vivos que pueblan la tierra, en el sentido de que todos, sin excepción, en su desarrollo alcanzan la plenitud de su forma viviente según la especie, cabe suponer como un hecho cierto, que la especie *Homo sapiens*, por pertenecer a una extensa familia de seres vivos descendientes de un linaje prehumano, necesariamente ha debido pasar por un largo período en que alcanzó también la plenitud de su forma viviente, lo cual, como antes se dijo, solo pudo ocurrir por hallarse la criatura humana enteramente inserta en el orden natural, pues el orden natural tiene su propia virtud y su propia sabiduría. Así la